Best-seller

(*Por Rodrigo Fresán*) La improbable teoría que pretende fundamentar aquello de "sí, en verano la gente lee más". El confortable espanto de pensar que se necesita de "más tiempo" –o de algún "tiempo libre"– para así poder leer "mejor", leer con "más ganas". Una cosa es cierta: es durante el verano cuando aquellos que no leen durante el resto del año deciden atreverse al riesgo del objeto libro. Otra cosa es cierta: best seller significa "más vendido" y no "mejor escrito". Todos los editores lo saben; no así muchos de los estacionarios lectores estivales. Una cosa más: si bien se fundamentan las ventajas de la "lectura de verano" como perfecto vehículo a la hora de desenchufarse de los vértigos de lo cotidiano, paradójicamente, los libros más vendidos son aquellos que parecen regocijarse en los más cercanos y reconocibles espantos: empresarios siniestros, corrupciones varias, edificios que saltan por los aires, intimidades del entorno y familia presidencial.

El –quien siempre se consideró un fiel defensor de los mundos imaginarios y de su reparadora potencia alternativa– no puede sino sufrir ante la visión de todos aquellos que, por una vez decididos a sostener un libro en sus manos, no hacen más que elegir esa curiosa cruza de periódico con novela donde no se hace más que invocar, una vez más, a los creíbles fantasmas del otoño del invierno y la primavera. Esos libros que funcionan como un *resumen de lo publicado* en lugar de una invitación a los placeres de lo desconocido.

Este verano, sin embargo, se ha producido el milagro poco común y, por lo tanto, digno de ser creído y respetado: un libro de ficción ha recuperado la más alta posición en las carpas y en las reposeras y junto a la orilla del mar.

Ahora él camina sonriendo, camina feliz, mientras observa –como si se tratara de un espejo que refleja a otro espejo– la misma cubierta del mismo libro funcionando como tótem, como inequívoco signo de pertenencia a los bandos de esa ficción a la que ninguna realidad podrá jamás superar. La historia de un lugar imposible y –por lo tanto– digno del agradecimiento del lector. La euforia de zambullirse y dejarse arrastrar por las caudalosas corrientes de un mundo nuevo.

El libro que él también está leyendo, después de todo. ARGENTINA, anuncia la tapa con tipografía catástrofe. Y él se pregunta cómo terminará la historia de ese extraño y maravilloso país y sonríe con su boca retráctil y lee y sigue caminando sobre sus tentáculos por las playas de arena esmeralda de Urkh 24, un lejano planeta en los bordes de la nebulosa de Nim.

Para su compatriota y admirador Alfredo Bryce Echenique, los cuentos del recientemente desaparecido Julio Ramón Ribeyro "son una prueba palpable de lo peligroso y sospechoso que es colocarle adjetivo alguno a la palabra literatura". La contundencia de sus "Cuentos completos" (Alfaguara) es evidencia incontestable del asunto. Por eso –más que preocuparse por hacerlos comulgar en una determinada estética– es mucho más sabio conformarse con saberlos magistrales, impredecibles, mágicos, ya sea en el mar o en tierra firme.

A fuerza de recorrerlo, el mar había ido perdiendo para mí su poder mitológico. Cuando me inicié en estas travesías creía ver por todo sitio sirenas y tritones. Algunas noches de solitaria borda me pareció distinguir también a flor de agua, bajo la leche lunar, alguna de esas serpientes marinas que sólo atisban, locos de alcohol algunos de esos ya embrutecidos lobos de mar que rondan por muelles y tabernas. Pero ahora, en mi cuarto viaje, el mar me aburría, me parecía exento de misterio, excesivo, agua sumada al agua, mineral pozo líquido conteniendo acorazados hundidos –ni siquiera bellos galeones– y carroñas verdosas de infantes de la marina. Los argonautas de la antigüedad se habían convertido ahora en sucios marineros que comían spaghetti y hacían contrabando de cigarrillos. Decepcionado del piélago y de la tripulación, mi único entretenimiento era observar a los pasajeros.

Descubrí, entonces, al extraño hombre enlutado que viajaba en primera. En todos los barcos hay siempre un pasajero silencioso pero el silencio de este hombre, canoso ya, sobrepasaba los límites que impone la timidez, el aburrimiento o el menosprecio: parecía ser un silencio de orden metafísico. Yo recordaba haberlo visto subir en Cannes, con un equipaje monstruoso que excedía con holgura la tonelada métrica a la que tiene derecho todo pasajero. Si bien viajaba en primera, era corriente verlo al atardecer bajar a la cubierta de segunda y pasearse de babor a estribor, con el paso indeciso de quien se desliza no por el espacio natural del paseo sino de algún espacio interior ajeno a toda medida. Aquel hombre, sin duda, caminaba por su pasado. Su mirada parecía estar detenida en una lejana imagen de la cual ningún paisaje, ninguna travesía podían arrancarlo.

Poco a poco, adicionando mis observaciones, pude comprobar que el enlutado cumplía por el barco un itinerario mucho más inquietante del que a primera vista podía suponerse. Las mañanas las pasaba en primera, acodado en la baranda. Por las tardes debía dormir la siesta, como corresponde a todo hombre elegante a quien el mar no altera el orden de sus hábitos terrenos. Al atardecer iniciaba su circulación por las cubiertas de segunda. Pero en la noche –lo que descubrí durante mi primer insomnio– descendía aún más y se perdía en las más lóbregas bodegas, las que se encuentran, y lo digo con cierto pavor, "bajo el nivel del mar".

Le acompañaba un marinero viejo en cuyo antebrazo podía leerse claramente este tatuaje: "Me las pagarás, Giselle". Se perdían por una escalera estrecha, situada más allá de la sala de máquinas, señalada por un letrero que prohibía el descenso a todo pasajero. Pero el enlutado debía gozar de un estatuto especial pues, precedido por su guía abordaba el caracol oscuro con toda impunidad y con la arrogancia adicional de un gran señor inspeccionando los sótanos de su castillo.

Estos descensos a las bodegas, que se prolongaron durante los primeros días del viaje, me intrigaron en extremo. Como era imposible atravesar esa barrera de silencio que el enlutado oponía a todo el que osara hacerle algún avance amistoso, decidí conquistar al marinero. Yo había seguido sus pasos y sabía que después de la cena se acercaba al bar por una ventanilla reservada a los tripulantes y pedía una cerveza. Una noche, antes de cruzar Gibraltar, me aposté en ese lugar y cuando el marinero, apoyado en la borda, chupaba del gollete de su botella, lo asedié. El tatuaje fue el pretexto y estimulado por mis preguntas y una segunda cerveza que le invité me comenzó a contar la historia de Giselle, banal amor de juventud del cual lo único memorable que quedaba era el tatuaje de su brazo.

–Yo padezco de insomnios –le dije al fin–. Me gusta pasearme hasta tarde por las cubiertas. Varias veces lo he visto bajar a las bodegas con un hombre de negro.

El marinero no me dejó continuar, me miró con desconfianza, sorbió el concho de su botella, y arrojándola al mar se alejó rápidamente.

Al día siguiente lo encontré. Volvimos a beber y no tuve más remedio que sobornarlo. Por un resto de honor el marinero se negó a hacerme cualquier revelación pero se comprometió a no cerrar esa noche la puerta tras de sí cuando bajaran a las bodegas.

A la hora acostumbrada, por el pasillo ya desierto, el enlutado apareció conducido por el viejo del tatuaje. Cuando desaparecieron por la escalera prohibida salí de mi escondite y descendí las espirales hasta llegar a la puerta de acero. Mi cómplice la había dejado entreabierta. Empujándola suavemente introduje la cabeza y traté de orientarme en medio del hacinamiento de maletas y embalajes. Una voz me guió. Era el enlutado el que hablaba en perfecto italiano:

–Mañana en la noche lo llevaremos a mi camarote. Aquí hay mucha humedad y eso no me agrada. El capitán me lo ha autorizado.

El marinero lo escuchaba sin interés, dándole la espalda, mientras fumaba su pipa. Y el enlutado estaba inmóvil, contemplando detenidamente un ataúd.

Que un viajero de primera lleve un cadáver en las bodegas del barco no tiene nada de particular. Pero que lo visite todas las noches y tenga el derecho de transportarlo a su camarote es suficiente para despertar en todo espíritu un poco activo hipótesis necrofílicas.

Y yo hubiera hecho el resto del viaje sin otro alimento que estas suposiciones si un incidente fortuito no me permitiera franquear la reserva del enlutado.

Fue la víspera de llegar a las islas Canarias. Hacía calor, no podía conciliar el sueño y vistiéndome salí a dar una vuelta por estribor. Era cerca de medianoche. Se me ocurrió, entonces, sin saber por qué, subir a la cubierta de proa, lugar peligroso, casi nunca visitado pues corría en él un viento irresistible. Lo primero que vi cuando estuve en lo alto fue el perfil del enlutado, apoyado en la borda, aspirando con avidez el aire ya tibio del trópico. Decidido a jugarme el todo por el todo me acerqué a su lado y me apoyé en la baranda. No sé cuántos largos minutos permanecimos así, uno al lado del otro, sin despegar los labios. Todas las fórmulas para iniciar una conversación que tuviera la apariencia de ser una conversación ocasional me parecían cargadas de sobreentendidos y capaces de suscitar la fuga de quien me interesaba retener. Pero fue él quien me sacó de mi confusión, hablando él primero, sin dirigirse específicamente a mí, con la voz átona de quien elige su interlocutor con indiferencia, porque está a mano, como podía haberse dirigido también a una fotografía, a un bibelot.

–Después de mirar durante media hora un cielo estrellado sólo cabría hacer dos cosas: echarse al mar con una piedra amarrada al cuello o encerrarse en un monasterio para el resto de su vida.

En seguida inclinó el dorso para recoger una botella que había en el suelo.

–¿Quiere un trago?

Acepté su oferta y sorbí directamente del gollete un borbotón del inconfundible coñac Fundador. Al poco rato estábamos conversando animadamente. Al enterarme que era chileno abandonamos el francés, que él hablaba con una exquisita perfección y empezamos a cambiar nuestras viejas palabras castellanas, sonoras, secas, separadas, suntuosas también y muchas veces hueras, como obispos en fiesta o hidalgos arruinados.

Para ser justo, era él quien hablaba, con esa facilidad de los hombres a quienes un ocio fino les ha permitido cultivar su inteligencia y su elocuencia. Supe que regresaba a su país después de treinta años que pasó en Europa ocupado en



visitar museos, coleccionar encuadernaciones –los libros ya no le interesaban– y educar su paladar en los mejores restaurantes de Occidente. Pero toda su conversación, donde yo comenzaba a descubrir un artificio fruto más de la aplicación que del talento, soslayaba los asuntos personales e iba de tema en tópico con discreción, como quien se conforma con mostrar del índice de un libro a lo más los epígrafes pero nunca el tenor de los capítulos.

Por fortuna allí estaba la botella de coñac y sus sediciosos efectos. Provocando sus brindis, verificaba con paciencia la lenta disolución de su censura. En fin, en popa ya, a las cuatro de la mañana, terminado el Fundador, el enlutado me obligaba casi a relamer su pobre alma desnuda en la palma de su mano. Alma candorosa es verdad, pero en la cual, como en el antebrazo del marinero, una historia de amor había dejado, a su vez, el cauce de un doloroso tatuaje.

¿Quién era Alicia? No lo sé bien. Sólo recuerdo –porque a fuerza de beber mi atención se relajó– que me habló apasionadamente de un gran amor, pleno de comprensión y de talento, de aquellos que explican la vida y la perdonan, irregular como todos los grandes amores, prodigador de dicha y de amargura, y que marchó irremediablemente hacia una catástrofe terminal: después de haber vivido treinta años juntos, Alicia había muerto y ahora, sin estímulos ya, deshecho, el enlutado regresaba a su país a enterrar a su amante y a morir.

–Nos conocimos justamente un quince de marzo, como hoy día. Por eso es que me he emborrachado, a la mala, como un *vaporino*. Me da vueltas la cabeza. Ahora me voy. Discúlpeme. Y sobre todo no se extrañe si al volvernos a ver no le dirija la palabra.

A raíz de ese diálogo dejé de verlo. Llegamos además a las Canarias, bajé al puerto y como cada vez que pisaba tierra me pareció mudar de piel, de preocupaciones e iniciar una existencia diferente. En esa vida en miniatura que es un viaje en barco, cada escala tiene el mismo valor que el paso de las estaciones o la iniciación de los grandes ciclos vitales.

Atravesábamos el Atlántico. La Cruz del Sur apareció en el cielo, lo que me permitió comprobar que penetraba al fin en mis jardines siderales. Habían subido nuevos pasajeros en Tenerife, con los cuales era necesario definirse y amarlos u odiarlos por un cigarrillo ofrecido o la semejanza en el color de una camisa. Además, nuestros problemas sexuales se iban agravando y muchos de nosotros comenzábamos a sufrir una psicosis de embellecimiento. Mujeres que al embarcarse con nosotros nos fueron anodinas parecían florecer a medida que duraba el viaje, sus rasgos se reordenaban, sus senos se erguían, sus cuerpos se hacían lánguidos y provocativos, sus miradas plenas de misterio y sus palabras rezumaban la miel de una seducción desconocida. Yo incluso comencé a encontrar voluptuosa, turbadora, la giba de una pobre jorobada.

A pesar de estas distracciones, no dejaba de inquietarme la desaparición del enlutado. En vano espiaba a veces las cubiertas de primera con la esperanza de distinguir su atormentada silueta. ¿Estaría enfermo? ¿Se habría recluido en su camarote, con su muerta, presa de un acceso de misantropía? La única forma de confirmar estas suposiciones sería subiendo a primera, pero a bordo las clases son tan exclusivas como en tierra y yo no podía aspirar a una breve incursión por las altas esferas sin ser expulsado por los porteros o, peor aún, acusado de arribista.

Por fortuna me hice amigo de un rico español, aceitunero andaluz que, viajando en primera, paseaba a menudo por los barrios pobres de segunda su frondosa charlatanería y su colección de gorras marineras. Diríase que su redondo cráneo no tenía otra función que servir de sostén a las más caprichosas invenciones sombreriles. Lucía alternativamente gorras de portuario bretón, de yatchman británico y de contrabandista siciliano. A veces penetraba en el bar de segunda, como un señorito penetra en una tasca de Lavapiés, para demostrar aparentemente su ausencia de prejuicios aristocráticos pero con la inconfesable intención de seducir a alguna viajera plebeya. Alrededor de un chianti nos hicimos amigos, me contó que había subido en Tenerife y que viajaba a Sudamérica sin ningún plan, simplemente para ver "cómo iban las colonias".

Yo aproveché la ocasión para interrogarlo acerca del enlutado.

–¿Un hombre de negro? En primera sólo viajan quince personas. Desde que subí me hice amigo de todas. Pero estoy seguro que no viajaba nadie de luto.

Mi olivero tenía razón, porque la misma noche de esta revelación, al visitar el servicio médico para pedir unas pastillas contra el mareo, distinguí al enlutado en un corredor: llevaba una elegante camisa roja y un pañuelo de seda envolvía su cuello. Al verme me dio la espalda y desapareció de prisa por una escotilla.

A mitad del Atlántico se celebró la fiesta ecuatorial. Yo conocía bien estas fiestas absolutamente ficticias, en las cuales se elige un rey Neptuno y una corte de deidades marinas. Los primerizos en estas travesías son bautizados simbólicamente y embadurnados con lavaza. Todo esto a la postre resulta grotesco y aburrido. Pero si resolví intervenir, por lo menos como espectador, fue porque estas festividades favorecen una efímera promiscuidad de cubiertas, en la cual sería inevitable tropezarme con el enlutado.

Por supuesto que el olivero andaluz fue elegido rey Neptuno. A mediodía, precedido por música de platillos, recorrió el barco envuelto en una sábana blanca, coronado con pámpanos postizos y blandiendo un cetro de cartón dorado. Lo seguía una decena de beldades entre las cuales, sin embargo, se notaba la presencia de una mujer cuarentona cuya elección debía haber sido el fruto de un vergonzoso avenimiento.

El cortejo marino anduvo de un lado a otro haciendo escándalo y sembrando un júbilo conmovedor. Toda la población del barco, incluidos los tripulantes, seguía sus huellas. Hasta el inaccesible capitán se dignó bajar de su puente y como un súbdito más, pero con el uniforme lleno de medallas, se sumó al séquito. Y en las primeras filas de la caravana, dando saltitos y aplaudiendo, percibí al enlutado, de blanco esta vez, deportivo en sus sandalias, frenético bajo su gorra, adherido al cortejo con dos ojos bobos de los cuales chorreaba el agua del embeleso.

Durante el almuerzo hubo pollo, espumante, helados de chocolate y una embriaguez colectiva. Hasta los camareros, tan seguros en mar movido, trastabillaban entre las mesas y echaban el menestrón en las faldas de los viajeros. Una orquesta amenizaba nuestra gula y todo el barco parecía una ciudad de locos viajando hacia algún tenebroso remolino.

Más tarde, en la cubierta, se celebraron esos juegos inmemoriales de la carrera de encostalados, la gallina ciega o la manzana amarrada a una pita, juegos inventados por soldados o por frailes para conmemorar la terminación de una guerra o el vencimiento de una herejía y que ahora, injertados en un navío, ejecutados por gente de nuestro siglo y usados porque la carta marítima indicaba un cambio de paralelo, parecían completamente desprovistos de sentido. Mi sorpresa aumentó: el grave enlutado, cuando pidieron voluntarios, estuvo en primera fila y lo vi llevar entre los dientes una cucharita donde bailaba una bolilla, tratando, confundido entre una docena de jovenzuelos, de llegar a la meta sin que su preciosa carga se cayera.

Todo esto no podía tener sino una explicación y esa noche la encontré cuando, aprovechando la confusión, me deslicé hasta primera para presenciar el baile de disfraces. Me costó distinguirlo entre tanto mamarracho. Pero estaba allí, vestido de Pierrot, bailando con una especie de cetáceo, en la cual reconocí a la más vieja de las deidades marinas. A mitad del baile salieron a la cubierta y pasearon cogidos de la mano, trémulos, dándose besos furtivos. En la parte oscura lo vi arrodillarse y extender los brazos como si recitara un poema o se declarara en alejandrinos mientras la ondina, emocionada sin duda, le acariciaba la cabeza con una de sus aletas.

El resto de la historia es de una infinita trivialidad. El olivero me contó que entre mi enlutado y la jamona, que subió en las Canarias, había surgido un romance senil, que ya los viajeros estaban hartos de verlos reproducir, exasperados y penosos, los gestos más cándidos de la pasión.

El ataúd fue restituido a las bodegas. Poco antes de llegar a Panamá, el marinero tatuado me informó que, como esa distancia aún lo incomodaba, el enlutado había obtenido el permiso para arrojar el féretro al mar. En Panamá los enamorados descendieron para casarse y retornar a Europa, con la esperanza de que tal vez comenzaba para ellos el eterno amor.

(París, 1961)

Se reproduce aquí por gentileza de Alfaguara.



Resumen: *Pirovano –exarquero, representante de jugadores y quién sabe qué más– decide ayudar a los luchadores de la troupe Gigantes en la Lona, amenazados y agredidos no se sabe por quién. El veterano detective Etchenique tira al pasar el nombre de Ibrahim. Pirovano vive con su hija adolescente Dolores, le atajó un penal al Presidente y anda en cosas y proyectos raros.*

6 AL TROTE

A las ocho me despertaron el calor y los aullidos del carayá. El mono suele escaparse regularmente de la Asociación Vida Natural donde lo tienen, supongo, de encargado de relaciones públicas, y pasearse por las cornisas hasta las ventanas del loft. Y mejor que elija mi casa. El día que se confunda de vecinos y vaya a perturbar a la gente del Club de Cazadores de la planta baja terminará embalsamado en una de sus ominosas vitrinas.

Cerré la ventana pese al escándalo del mono y encendí el aire acondicionado. Dolores ya se había ido. Encontré su nota pegada en la puerta de la heladera: "Viejo: nos vamos a rendir. Deseanos suerte. Te llamo a mediodía".

Elongué un poquito, hice dos series de flexiones, preparé la pateadora en frecuencia media y me puse en el arco dibujado contra la pared del fondo.

Estaba duro de reflejos y los cinco pelotazos me parecieron más rápidos que de costumbre: 1-4. El peor resultado de la semana.

Tomé un par de mates y fui al cuarto que había sido mi dormitorio hasta que Dolores se peleó con la madre y decidió vivir conmigo. Lo ventilé y recogí los restos de una noche de estudio, faso, pizza, cerveza y probable encamada. Por lo menos el rubio no había dejado los calzoncillos colgados de la biblioteca. Aproveché para sacar del archivo la carpeta de Ibrahim para tenerla a mano pero no la revisé. Pensé en Etchenique, primero con pena, después con algo parecido a la admiración.

Casi había terminado de leer el diario cuando sonó el teléfono. Dejé que el contestador se encargara de atender pero al escuchar la voz de Gatti levanté el tubo.

–¿Ya volviste de correr? –dijo sorprendido.

–No salí todavía. ¿Nos encontramos a las seis para ir a ver el local?

–De acuerdo. Son doscientos cincuenta metros en un primer piso: Corrientes y Junín –dijo esperando mi aprobación.

Eran el lugar y el tamaño perfectos para poner nuestra Escuela de Arqueros. Gatti estaba entusiasmado, pero en realidad era un pretexto para que le contara lo del penal atajado al Presidente. La información se había filtrado y acababa de escuchar un comentario por radio. Le di los detalles y se rió como loco. Eso me hizo acordar de algo:

–Necesito un favor, Hugo: que atajes este domingo para Guardia Vieja. Hay un partido en Paso de los Libres y yo no puedo ir. Son unos pesos.

–¿Te lesionaste?

–No –le aseguré–. Pero me voy a lesionar...

Se hizo un breve silencio. Era evidente que no entendía nada pero sin embargo no insistió. Al momento había aceptado sin preguntar nada, más o menos como yo la noche anterior en La Academia: después de un par de whiskies me había parecido razonable reemplazar a Paredón el sábado, en la función debut de los Gigantes en la Lona. Una estupidez.

Le agradecí a Hugo, colgué y comencé a trotar en el lugar, tenso y malhumorado. Cuando cerraba la puerta sonó otra vez el teléfono pero no regresé. Me lancé escaleras abajo.

Habitualmente salgo más temprano a correr. Trotar por Defensa, por sus estrechas vereditas llenas de gente, no es cómodo. Ni para mí ni para los empleados de traje y maletín que van hacia Plaza de Mayo y los ministerios de la zona. Es un lugar raro para vivir, saturado de ruidos y movimiento hasta las siete de la tarde y vacío a partir de esa hora. En los fines de semana prácticamente no hay nadie y suelo ir a la plaza y correr alrededor de la Pirámide, como para no olvidar en qué barrio de qué país vivo. No hay un miserable supermercado ni dónde comprar cigarrillos a las once de la noche, pero puedo ir caminando a la oficina y Dolores tiene el Nacional Buenos Aires a la vuelta. Supongo que por eso –entre otras cosas– dejó la casa de la madre en Vicente López: se levanta una hora más tarde.

Enfilé por Belgrano, crucé el Bajo y me metí en el puerto, atravesé los diques y troté cómodo bajo los árboles sintiendo cómo el movimiento me distendía, hacía que mi mente flotara. Se piensa bien, corriendo.

Tal como lo habíamos convenido, Toto Zolezzi me esperaba en la esquina de Costanera Sur, dando saltitos en la vereda del restaurante La Ribera, un precario y sabroso comedero que había crecido bajo los árboles como un yuyo más. Ahí trabajaba de parrillero a mediodía.

–Vamos, tengo menos de una hora –dijo poniéndose a la par sin esfuerzo; estaba vestido igual que la noche anterior, sólo que con zapatillas.

Cruzamos al veredón frente al río y corrimos en silencio bajo un sol suave todavía, mientras las garzas y los patos se movían entre camalotes y plantas acuáticas a diez cuadras de la Casa Rosada.

Cuando llegamos a la entrada de la Reserva Ecológica y doblé para dar la vuelta como todos los días, el agitado Troglodita me detuvo con un gesto que significaba tregua e inminente conferencia:

–Te tengo que agradecer lo de anoche –dijo agitado–. ¿Seguís dispuesto?

Le aseguré que desde la época de El Hombre Montaña había soñado con ser luchador, pero que antes de subir disfrazado al ring quería aprender a caer y no romperme las costillas.

–Eso es lo de menos, una boludez... –dijo y me tendió las manos para que lo agarrara–. Ahora probá, volteame...

Lo tomé de un brazo, me lo puse al hombro y giré con la rodilla en tierra. No llegué a hacer fuerza. Apenas insinué la palanca y la bestia de ciento treinta kilos salió despedida por encima de mi cabeza y cayó de espaldas en el polvo con todo el estruendo. Inmediatamente se puso de pie y ya estaba en guardia otra vez. Los pibes de la Reserva se acercaron a ver.

–¿Viste? Es muy fácil. Vamos de nuevo.

Lo revolee dos veces más y al final le dije que lo dejáramos para el gimnasio; se estaba arruinando la ropa.

–No tengo otra –dijo como al pasar–. Anoche me quemaron la pieza.

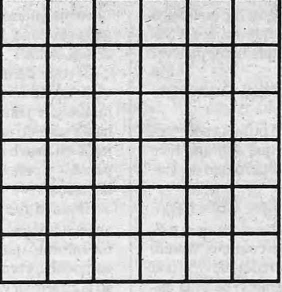
Mañana: 7. Paredón y antes

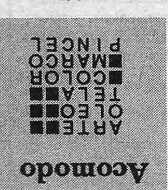


ACOMODO

Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.

ARTE
OLEO
TELA
COLOR
MARCO
PINCEL





ESCALERAS

Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez. Tal vez lo logre en menos pasos que nosotros.

RED	KILO
PEZ	PESO

Escaleras
A: Red, res, ver, vez, pez. B: kilo, vilo, velo, pelo, peso.

ACADEMICO

Descubra el verdadero significado de cada palabra. Hay cinco respuestas correctas A, cinco B y cinco C.

1. **Cantiña** - **A:** Breve composición poética. **B:** Casa de comidas. **C:** Prenda de vestir.
2. **Cañabota** - **A.** Calzado de cuero. **B:** Tiburón de cinco metros de largo. **C:** Red de pesca.
3. **Capitoste** - **A:** Persona con mando, etc. **B:** Persona terca. **C:** Capítulo de un libro.
4. **Caquexia** - **A:** Dolor fuerte de cabeza. **B:** Arbol japonés. **C:** Decoloración de las partes verdes de las plantas, por falta de luz.
5. **Cargareme** - **A:** Pesadez en alguna parte del cuerpo. **B:** Documento para constar el ingreso en tesorería. **C:** Broma pesada.
6. **Cénzalo** - **A:** Semilla aromática. **B:** Mosquito, insecto díptero. **C:** Profeta hebreo.
7. **Derrengo** - **A:** Palo con que se derriba la fruta de los árboles. **B:** Dícese de la persona con un defecto en las piernas. **C:** Insulto.
8. **Diorita** - **A:** Roca eruptiva. **B:** Anillo papal. **C:** Tipo de tela.
9. **Ebúrneo** - **A:** De madera. **B:** De marfil. **C:** De ebano.
10. **Egipán** - **A:** Magistrado romano. **B:** Comida mexicana de harina de mandioca. **C:** Ser fabuloso, mitad cabra y mitad hombre.
11. **Estache** - **A:** Caja para lentes. **B:** Bolígrafo para correcciones. **C:** Sombrero de fieltro.
12. **Garrotín** - **A:** Tipo de taco de billar. **B:** Protuberancia que tienen los gallos. **C:** Baile popular a fines del siglo XIX.
13. **Grinalde** - **A:** Proyectil de guerra antiguo. **B:** Piedra preciosa. **C:** Melocotón.
14. **Gurriato** - **A:** Cría del pato. **B:** Pollo del gorrión. **C:** Rocín feo y de malas mañas.
15. **Hacino** - **A:** Caprichoso. **B:** Inteligente. **C:** Avaro, mezquino, miserable.

CALIFICACION

15 puntos ____________ académico
11 a 14 ____________ maestro
6 a10 ____________ bachiller
5 o menos ____________ alumno

Académico
1:A. 2:B. 3:A. 4:C. 5:B. 6:B. 7:A. 8:A. 9:B. 10:C. 11:C. 12:C. 13:A. 14:B. 15:C.

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.

